

Los márgenes de la interpretación en la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot: a propósito del infinito aristotélico

HÉCTOR ZAGAL

Facultad de Filosofía

Universidad Panamericana

hzagal@mixcoac.upmx.mx

RESUMEN: Héctor Zagal presenta una discusión a Mauricio Beuchot acerca de la hermenéutica analógica que este último ha propuesto. Zagal se centra en el problema de la interpretación infinita. Es sabido que algunos pensadores dicen que la interpretación se va al infinito, ya que cada interpretación engendra otra, y así sucesivamente. En su *Tratado de hermenéutica analógica*, Beuchot intenta frenar la progresión infinita distinguiendo, como hace Aristóteles, entre infinito actual e infinito potencial. Beuchot concede que la interpretación puede ser infinita en potencia, pero no en acto. Zagal le argumenta que, de todos modos, sigue disparándose al infinito, por más que sea de manera sucesiva, y no simultánea. Beuchot responde que aunque en principio la interpretación pueda irse al infinito, nos basta con que de hecho debe detenerse, pues nuestra mente es finita. Asimismo, añade que, aun cuando en principio la interpretación puede irse al infinito, es la comunidad interpretativa la que nos ayuda a detener dicha progresión, al poder compartirse entre los intérpretes, en el diálogo, argumentos para justificar la interpretación que ofrecemos de algún texto.

PALABRAS CLAVE: analogía, hermenéutica, interpretación infinita.

I. INTRODUCCIÓN

Beuchot es un filósofo combativo, que reúne la rara aptitud de la conciliación con la contundencia. *Tratado de hermenéutica analógica*¹ es un libro duro, auténtico *tour de force*, donde se hace gala de erudición, habilidad argumentativa y capacidad de conmensurar tradiciones.

A diferencia de buena parte de la bibliografía filosófica contemporánea, el *Tratado* de Beuchot no es simplemente una glosa de glosas —“discurso parasitario” en terminología de G. Steiner— ni tampoco es crítica puramente demolidora. El autor utiliza el pico contra los muros, pero también emplea la pala y levanta nuevas construcciones. Su propuesta, la hermenéutica analógica, pretende superar la equívocidad y la univocidad.

Este artículo critica uno de los argumentos esgrimidos por Beuchot contra el equivocismo de cuño romántico. Mi intención es doble; la primera, mos-

¹ UNAM, México, 1997.

trar las dificultades que presenta dicho razonamiento. La segunda, apuntar una línea de argumentación que, desde mi punto de vista, es poco explotada por el autor. Doy por supuesta la familiaridad con la obra en cuestión, limitándome a contextualizar lo mínimo indispensable.

II. LOS MÁRGENES DE LA INTERPRETACIÓN

A partir del concepto griego y medieval de analogía, Beuchot intenta rescatar el valor de la interpretación. Los lectores podemos alcanzar la verdad en la interpretación de un texto, al menos en ciertas circunstancias. El nervio de la tesis se encuentra en el capítulo III: “Los márgenes de la interpretación: hacia un modelo analógico de la hermenéutica”. El esquema de la propuesta *grosso modo* es de raigambre escolástica. La hermenéutica analógica se encuentra entre el univocismo, representado emblemáticamente por el positivismo; y el equivocismo, representado por el romanticismo. Un texto interpretado analógicamente es un texto interpretado en parte unívoca y en parte equívocamente. Por ejemplo, cuando Gorostiza escribe en “Muerte sin fin”: “Lleno de mí, sitiado en mi epidermis por un dios inasible que me ahoga, . . .”

Un univocista (se trata, por supuesto, de una simplificación didáctica) considera que la palabra “dios” debe entenderse como “ser infinito, eterno y omnipotente”. El sujeto de “Muerte sin fin” es acosado por un espíritu divino. Según el equivocismo, la palabra “dios” admite una infinidad de infinidad de lecturas. Dios puede ser interpretado como “autoconciencia de la razón humana”, como “alienación y opio del pueblo”, “como el dios-cosmos”, como “figura mitológica de la antigüedad”, como “Yahvé”, como “una manera de designar lo intangible”, y un largo e infinito etcétera.

Si soslayamos la exégesis concreta de “Muerte sin fin”, está claro que la interpretación equivocista de un texto termina por destruir el texto: leer es reescribir (la obra neutra). Esta consecuencia seguramente no asustará a los padres de la *Nouveau Roman* ni a los literatos en general. Al fin y al cabo, la posibilidad de convertir al lector en coautor es seductora. Pero el equivocismo llevado a textos vulgares como un estado financiero, una nota periodística, un memorándum, y ya no digamos un protocolo científico o la constitución política de un país, trae consecuencias pavorosas: la comunicación se anula. La comunidad deviene un conjunto de autores incomunicados entre sí, una pseudosociedad de autistas.

La hermenéutica —escribe Beuchot— que podemos llamar “positivista” resulta paradójica. Sostiene que sólo hay una interpretación válida. Las demás son en su totalidad incorrectas. Claro que el univocismo ha recibido matizaciones en algunos de sus exponentes, pero hablamos de lo que predominó en ella. (p. 34)

El problema del univocismo, al menos en versión neopositivista, es la necesidad de un criterio de verificación, criterio que a su vez se autorrefuta muy a pesar de los parches y *adendas* de que fue objeto. ¿Cómo se verifica el principio de verificación? ¿Existe una verificación “trascendental”? ¿Cómo se justifican los privilegios epistemológicos de los cuales goza el principio de verificación?

Por otra parte, quizá la objeción más grave aducida contra el univocismo es que nuestro lenguaje no es unívoco. Por el contrario, el lenguaje ordinario frecuente y espontáneamente coquetea con el equivocismo. *E. gr.* “el burro de Buridan”: ¿argumento *ad hominem* vs. el lógico medieval o variación del ejemplo bíblico “la burra de Balam”? Si nuestro lenguaje no es naturalmente unívoco, pero *debe serlo*, tenemos un grave problema. Es menester inventar un lenguaje artificial que no se preste a la diversidad de interpretaciones. Paradoja de todo lenguaje artificial es que su metalenguaje es el lenguaje ordinario, es decir, si el metalenguaje del lenguaje artificial es artificial necesitaríamos a fin de cuentas un lenguaje natural para darles sentido a ambos. La única manera de traducir y crear un lenguaje artificial unívoco es utilizar el “equivoco” lenguaje coloquial. El lenguaje artificial se enseña con el natural. *Alea iacta est.*

Frente a estos extremos, el equivocismo y el univocismo —sigue Beuchot— queremos presentar [...] un modelo analógico de interpretación, una hermenéutica analógica inspirada en la doctrina de la analogía de Aristóteles y los medievales. En la interpretación univocista se defiende la igualdad de sentido, en la equivocista, la diversidad. En cambio en la analógica se dice que hay un sentido relativamente igual (*secundum quid eadem*) pero que es predominante y propiamente diverso (*simpliciter diversum*) para los signos o textos que lo comparten. En este modelo se sabe que la interpretación se aproxima más a ser inadecuada, porque la analogía tiende más a lo equívoco que a lo unívoco, es cierta conciencia de que lo que en verdad se da, es diversidad de significados, diversidad de interpretaciones; pero no es renuncia a un algo de uniformidad, de conveniencia en algo estable y reconocible, por gracia de lo cual no se pierde la posibilidad de un conocimiento racional. (pp. 38–39)

III. EL ARGUMENTO CONTRA EL EQUIVOCISMO

El argumento de Beuchot contra el equivocismo de inspiración romántica es de clara impronta aristotélica. Es en esencia una transpolación de la respuesta del Estagirita contra las aporías de Zenón de Elea. Transcribo lo que yo considero el nervio del razonamiento. Distingo en él dos partes. La primera es propiamente argumentativa; la segunda, un corolario que afina la contundencia del argumento:

La interpretación analógica es también conciencia de la finitud y, por lo mismo, de una filosofía de lo infinito. El infinito es potencial; para Aristóteles, el infinito actual no podría existir, como mostraban las paradojas de los eleatas. Lo actual es lo finito, no lo infinito, para el conocimiento del hombre. Y, si hubiera infinito actual, sólo podría conocerlo como potencial, por la finitud de su conocimiento. Así, aunque las interpretaciones sean potencialmente infinitas, porque los significados lo son, la mente del hombre es finita, y si ha de conocer algo, lo conoce en un segmento finito y apresable de la interpretación. Ese ámbito lo determina el contexto, el marco de referencia, que el hombre recibe sobre toda la comunidad, en el diálogo interpretativo entre los intérpretes. De esta manera, la comunidad, que no es ideal, sino muy limitada, muy finita, ayuda a determinar el segmento de interpretación que semióticamente se acerca más a la verdad interpretativa. (p. 38)

Esquematizo el argumento contra la hermenéutica equivocista:

- (1) Los signos admiten una infinidad de interpretaciones.
- (2) El infinito sólo existe en potencia

luego, entonces:

- (3) Los signos sólo potencialmente admiten una infinidad de interpretaciones.

La objeción contra el equivocismo está bien armada: la hermenéutica equivocista sólo existe potencialmente. Retomando el ejemplo de los versos de “Muerte sin fin”, ningún equivocista *S* puede proporcionarme *in actu* una infinidad de interpretaciones: “Lleno de mí, sitiado en mi epidermis por un dios inasible que me ahoga, . . .”

Tarde o temprano aparecerá la palabra “etcétera”, subrepticia manera de ocultar la ausencia de nuevos sentidos. Partículas como los puntos suspensivos o la palabra etcétera son eufemismos del adverbio “potencialmente”. El equivocista *S* no puede proporcionar de hecho una infinidad de significados de la palabra “dios”. Me centraré ahora en el aristotelismo de este argumento. Posteriormente, haré una contraobjeción al argumento de Beuchot y retomaré el tema de la contextualización.

IV. ALGUNAS CONSIDERACIONES ARISTOTÉLICAS SOBRE EL *APEIRON*

El equivocista afirma creer en la existencia de infinidad de interpretaciones. Un texto, un signo, puede ser interpretado de infinitas maneras. Cae por tanto, dentro de aquellos individuos cuyas creencias son explicadas por Aristóteles en las siguientes líneas:

La creencia (*pístis*) de que existe algo infinito podía ocurrírsele a quien lo considere sobre todo a partir de cinco hechos: (1) del tiempo, pues éste es infinito; (2) de la división dentro de las magnitudes, pues también los matemáticos utilizan la noción de lo infinito; (3) por el hecho de que la generación y la destrucción no cesarían sólo en el supuesto de que fuera infinito aquello de donde es extraído lo que genera; (4) también por el hecho de que lo infinito siempre limita con algo de manera que no puede haber necesariamente ningún límite (absoluto) si es necesario que una cosa limite con otra; (5) pero sobre todo, y con mayor razón, aquello que mayor perplejidad (*aporía*) produce en todos: por el hecho de no cesar en el pensamiento parecen ser infinitos, tanto el número de las magnitudes matemáticas, como lo de más allá del cielo. Y si es infinito lo de más allá, parece que también son infinitos tanto lo corpóreo como los mundos.²

El libro III y parte del IV están dedicados a la dilucidación de la noción de infinito. Cara al argumento de Beuchot, es especialmente relevante el hecho número cinco: el infinito aparece continuamente en el *nous* humano a partir de las magnitudes matemáticas y de la infinitud de cuerpos y mundos.³

Aristóteles intenta desenredar la madeja distinguiendo de entrada varios sentidos de infinito⁴ —idea fundamental para reconstruir el argumento de Beuchot. “Lo infinito es, en suma, o en virtud de adición o en virtud de división o de ambas.”⁵

La respuesta aristotélica es conciliadora y, como siempre, llena de matices y distinciones. El infinito sólo existe en potencia, no en acto. Al final del libro III Aristóteles resume los argumentos aducidos contra quienes piensan que el infinito existe en acto. El argumento más relevante descansa en la naturaleza de las operaciones mentales y —sin duda alguna— Beuchot está familiarizado con él:

Es absurdo confiar en el pensamiento: el exceso y el defecto no residen en las cosas, sino en el pensamiento. Pues cualquiera podría concebir a cada uno de nosotros como muchas veces más que él mismo aumentándonos hasta el infinito; pero nadie excede a la ciudad o el tamaño que solemos tener porque alguien lo piense, sino porque lo excede de hecho y es concurrente.⁶

² *Física* III, 4, 203b 15 ss. Utilizo la traducción de José Luis Calvo Martínez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1996.

³ *Cfr.* DK 67 A1. La pluralidad de mundos sostenida por los atomistas.

⁴ *Cfr.* *Física*. III, 4, 204a 2 ss.

⁵ *Física*, III, 4, 204a 6 ss.

⁶ *Cfr.* *Fis.* III, 8, 208a 15 ss. *Cfr.* las notas 47 y 48 de la edición citada. Tomás de Aquino comenta: “solvit rationem quae sumitur ex parte intellectus et imaginationis, quam antiqui non distinguebant ab intellectu. Per hanc autem rationem supra ostendebatur quod esset spatium infinitum extra caelum, et per consequens locus et corpus. Sed ipse dicit quod *inconueniens*

El infinito no es real a pesar de que podamos pensar su posibilidad. El *apeiron* es pensable sólo de una manera potencial, lo que quiere decir que es pensable como un “todavía no” y no como un “ya es”.⁷ Este “todavía no”, sin embargo, no es ontológico (no es potencia real), es mera posibilidad lógica.⁸ Nada me impide pensar una cantidad y sumar a esa cantidad un número más. Nada nos impide pensar un ciudadano y pensar en otro ciudadano más, pero no es posible pensar *de facto* en una infinidad de ciudadanos. Los pensamientos tienen un límite, un término, un perfil (*peras*).⁹

El argumento permite escapar de las aporías eleáticas. Aquiles sí alcanza a la tortuga pues la distancia que los separa sólo es divisible *ad infinitum* mentalmente, no en la realidad.

V. LA RESPUESTA DEL EQUIVOCISTA

El equivocista *S* es refutado por el argumento de Beuchot. No obstante, un equivocista *S2* más astuto puede reformular su postura y evadir la objeción de Beuchot:

est credere intelligentiae, ita scilicet quod quidquid apprehenditur intellectu vel imaginatione sit verum, ut quidam antiquorum putaverunt, quorum opinio reprobatur in IV Metaphys. Non enim sequitur, si apprehendo aliquam rem minorem vel maiorem quam sit, quod sit aliqua abundantia vel defectus in re illa, sed solum in apprehensione intellectus vel imaginationis. Potest enim aliquis intelligere quemcumque hominem esse multiplicem euis quod est, idest duplum vel triplum vel qualitercumque augmentans in infinitum: non tamen propter hoc erit aliqua huius modi quantitas multiplicata extra intellectum, aut extra determinatam quantitatem aut magnitudinem: sed contingit quod re sic existente, aliquis ita intellegat”. Leyendo al Estagirita y el comentario de Tomás viene a la cabeza el llamado argumento de san Anselmo.

Guillermo R. de Echandía (Gredos, Madrid, 1995) traduce el texto aristotélico así: “Es absurdo fiarse sólo del pensamiento, pues el exceso o el defecto no está en las cosas, sino en el pensamiento. Se podría pensar también que cada uno de nosotros es mayor de lo que es y que puede seguir aumentando hasta el infinito; pero, si alguno tiene un tamaño mayor al que tenemos, no lo tendrá porque lo piense, sino porque realmente es así; pensarlo es accidental.”

⁷ No es casualidad que *peras*, el opuesto de *apeiron*, signifique en ocasiones la sustancia, la esencia, lo cognoscible. *Cfr. Met. V, 17, 1022a 4 ss. Véase infra n. 12.*

⁸ En realidad, Aristóteles utiliza el mismo término *adynaton* para designar tanto lo imposible como lo impotente. *Cfr. Met. V, 15, 1019b 27 ss: “Y lo contrario a esto, lo posible (to dynaton), es cuando lo contrario no es necesariamente falso; por ejemplo, es posible que un hombre esté sentado, pues no es falso de necesidad que no esté sentado.”*

⁹ “*Peras* se llama [. . .] la substancia de cada cosa y la esencia de cada cosa; pues ésta es *peras* del conocimiento; y si lo es del conocimiento, también de la cosa. Por consiguiente, está claro que, de cuantos modos se dice el principio, de tantos se dice también *peras*, y todavía más; pues el principio es *peras*, pero no todo *peras* es principio”: *Met. V, 17, 1022a 4 ss.* Encuentro cierta coincidencia entre este pasaje y una frase de Wittgenstein: “Todo aquello que puede ser pensado, puede ser pensado claramente. Todo aquello que puede ser expresado, puede ser expresado claramente” (*Tractatus* 4.116).

De acuerdo —responde S2— yo no puedo proporcionar en acto una infinidad de sentidos, un conjunto infinito de interpretaciones de un texto o un signo. Sin embargo, siempre puedo presentar una nueva interpretación. Cuando tú has pretendido establecer un margen de interpretación, yo —continúa S2— soy capaz de ofrecer una interpretación más, y por tanto, estoy destruyendo el margen que afanosamente habías construido; estoy desmontando los límites de la interpretación.

Expresado de una manera más formal, S2 acepta que no puede proporcionar una infinidad actual de interpretaciones, pero responde que a cualquier cantidad X de interpretaciones, S2 puede aportar una más. Se trata de una función del tipo $(n+1)$.

La fórmula $(n+1)$ no es un infinito en acto. Es una función donde la variable es el número de interpretaciones marcadas por el antiequivocista. El equivocista S2 procede sagazmente: Beuchot permite determinar el margen de la interpretación, margen (límite) que S2 difumina añadiendo una interpretación más, un sentido extra. Si Beuchot se niega a marcar las fronteras hermenéuticas de un texto, está suscribiendo *de facto* el equivocismo. Si Beuchot se compromete con un límite, S2 añadirá una interpretación nueva. La consecuencia salta a la vista: no existe un sentido último ni definitivo.

Me temo que el autor de *Tratado de hermenéutica analógica* confía demasiado en el alcance de dicho argumento.

VI. EL CONTEXTO COMO LÍMITE

Afortunadamente, Beuchot no apuesta todo a una carta y —como se señaló anteriormente— recurre también al contexto:

Así, aunque las interpretaciones sean potencialmente infinitas, porque los significados lo son, la mente del hombre es finita, y, si ha de conocer algo, lo conoce en un segmento finito y apresable de la interpretación. Ese ámbito lo determina el contexto, el marco de referencia, que el hombre recibe de toda la comunidad, en el diálogo interpretativo entre los intérpretes. De esta manera, la comunidad, que no es ideal, sino muy limitada, muy finita, ayuda a determinar el segmento de interpretación que semióticamente se acerca más a la verdad interpretativa. Se busca la *intentio auctoris*, famosa en la exégesis medieval. Ciertamente interviene la *intentio lectoris*, como la llama Umberto Eco, pero la *intentio textus* —por así llamarla— híbrida de las dos, recoge preponderantemente la del autor y, supeditada a ella, la del lector, el cual, sí, la enriquece, pero no al punto que se pueda tomar la libertad de distorsionarla. (p. 39)

La estrategia de Beuchot ha consistido en introducir un “poco de univocidad” —permítaseme el uso coloquial— dentro de la equivocidad y, en ese

momento, segmenta el horizonte supuestamente infinito de interpretación. He analizado uno de los argumentos que Beuchot utiliza contra el equivocista *S*, quien presume poseer un horizonte hermenéutico infinito. También pienso haber mostrado cómo la fórmula $(n+1)$ permite al equivocista *S2* escapar a la objeción de Beuchot.

Como previendo esta réplica, el autor destaca que la analogía penetra en el equivocismo a través del contexto. Dicho de otra manera, el gran argumento contra el equivocista es de tipo pragmático: de hecho utilizamos las palabras con un sentido determinado.¹⁰ En la práctica, el contexto perfila el signo.

La estrategia argumentativa más eficaz contra el equivocismo radical debe asimilarse a *Metafísica* IV. Echo de menos esta insistencia en el *Tratado de hermenéutica analógica*. Su autor, versado aristotélico, sabe que los principios de la argumentación no son *simpliciter* negociables ni demostrables.¹¹ Así como el principio de no contradicción no es objeto de demostración, pues constituye la condición de posibilidad de toda demostración; igualmente, el significado del lenguaje tampoco puede ser discutido, pues funda la posibilidad de cualquier discusión. En otras palabras, Beuchot podría inspirarse más en los ciclos argumentativos de *Metafísica* IV¹² para rebatir al equivocista radical. No sin motivo se ha denominado al libro IV “deducción trascendental del principio de no contradicción”.¹³

VII. CONCLUSIÓN: LA SUTILEZA

En última instancia, el acceso definitivo al sentido de un texto tiene un momento no-discursivo. Es un fenómeno paralelo a lo que ocurre con los principios primeros, que si bien pueden ser “argumentados refutativamente”, son plenamente conocidos por intuición (*nous*). No es casualidad que Beuchot recoja al inicio de *Tratado de hermenéutica analógica* la oración atribuida a Tomás de Aquino, donde el santo pide al Altísimo: “Dame agu-

¹⁰ Es pertinente la anotación de Llano: “El interpretar este (*Met.* IV, 5, 1010b 9–11) y otros argumentos semejantes como elementos de un discurso meramente pragmático es lo que está llevando a algunos autores —Apel, por ejemplo— a presentar la *Metafísica* aristotélica como una suerte de pragmática trascendental veinticuatro siglos anticipada. Cuando, en rigor, nada es más contrario a las convicciones aristotélicas de fondo que la afirmación de la primacía de la razón práctica sobre la razón teórica” (*El enigma de la representación*, Síntesis, Madrid, 1999, pp. 103 ss. *Cfr.* Jorge Alfredo Roetti, “Aristóteles y el principio de (no) contradicción”, *Anuario filosófico*, XXXII/1, 1999, pp. 164 ss.).

¹¹ *Cfr.* por ejemplo, Mauricio Beuchot, “Acerca de la argumentación filosófico-metafísica”, *Crítica*, 53, 1986.

¹² “Pues el no significar una cosa es no significar ninguna”: IV, 4, 1006b 7.

¹³ *Cfr.* Alejandro Llano, *op. cit.*, pp. 103 ss.

deza para entender, capacidad para retener, modo y facilidad para aprender, *sutileza para interpretar*, y gracia abundante para hablar.”¹⁴ Una condición de posibilidad de la interpretación —independientemente de que podamos dar una o pocas o muchas interpretaciones— es que los significados estén de antemano determinados sin tener que discutir sobre ello.

La tesis de fondo no puede ser más aristotélica: el *intellectus* precede a la *ratio*. El principio del discurso no está en el discurso, sino en el hábito del *nous*. No es casualidad que también Aristóteles manifieste su pasmo ante la creación de metáforas, contrapartida de la interpretación: “lo más importante con mucho es dominar la metáfora. Esto es, en efecto, lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento (*euphyía*)”.¹⁵ Interpretación e inspiración poseen, en efecto, algo en común.

Recibido: 28 de octubre de 2000.

¹⁴ *Apud.* Beuchot, *Tratado*, ed. cit., p. 11, nota 1.

¹⁵ *Poética*, 22, 1459a.